

Los pueblos originarios desde una hermenéutica fenomenológica



Eduardo Sánchez Velasco

Cuando se refieren a ellos, comúnmente se alude a su pasado buscando conocer su historia (cultura, modos de vida, tradiciones, identidades, etc.), sin embargo, no se muestra regularmente la forma cómo se ha de percibir, la óptica que definirá el camino que deberá recorrerse para alcanzar su objeto de estudio. No se especifican teorías ni autores que lo soporten. Entregando al final —probablemente— una narración copiosa en datos, pero improvisada e intuitiva.

Consideramos que existen diversos métodos para hacer historia que nos permitan escoger la mejor senda que ha de acercarnos a las comunidades y a la infinidad de matices que alberga su existencia.

En lo que sigue, de forma general y coloquialmente, expondremos cómo la hermenéutica fenomenológica de Hans Georg Gadamer, es solo una de esas vías. De esta enfatizaremos la unidad indisoluble que guarda el pasado (tradición) con el presente. Pues no se puede continuar mostrando solo lo que ha sucedido, el pasado que sostiene a la institucionalidad. Hace falta relacionar lo acaecido en el presente. Por ejemplo, ¿por qué abordar ahora a los nativos?, ¿quién instruyó el tópico, desde dónde?, ¿cuándo, para qué y cuáles son los intereses particulares que lo promueven? Por qué este giro, y ¿dónde quedó la pavorosa pandemia?, etc.

De entrada, Gadamer nos dice “El ser que puede ser comprendido es len-

guaje”. Así, solo a través del diálogo habremos de conocernos. Presente en el monólogo, entre individuos, entre pueblos; el pasado y el presente. Estos están en continuo movimiento, pues nosotros con nuestra *intencionalidad* les damos vida. De forma natural, vivencialmente y antes de juicio alguno en todo momento y simultáneamente nos estamos refiriendo a ambos. Al hacerlo les damos sentido, así construimos nuestra *realidad*.

Al abordar el pasado de los pueblos originarios asumimos una “distancia en el tiempo”, entre el pasado y el presente, el autor y el intérprete, pues no podemos ponernos físicamente en su lugar ni ir a su tiempo para experimentar lo que solo ellos vivieron. Lo que haremos —mejor— será desplazarnos con nuestro *horizonte*, perspectiva o forma de percibir nuestra vida. Lo realizamos buscando el diálogo con el horizonte de los originarios, con su pasado. Sin embargo, nunca enfrentamos a los objetos directamente, hay una “anticipación de sentido que guía nuestra comprensión”, nuestros acercamientos siempre están ya dirigidos por nuestras expectativas, prejuicios o proyectos, mismos que se irán reformulando o corrigiendo conforme logramos la comunicación con el proyecto de los otros. Esta relación presenta niveles y un sinnúmero de tonalidades. En ocasiones no hay comunicación y chocamos, en otras alcanzamos la comprensión y decimos que logramos una “fusión de horizontes”.

Ahora, ¿de qué forma repercute nuestra comprensión del pasado (tradiciones) en nuestro presente?, en nosotros mismos, nuestra percepción y forma de ser ha cambiado; en la discursividad histórica y los pueblos originarios también. A esta historia de la historia Gadamer la nombró “historia efectual”.

Para terminar, acerquémonos a los nativos, dialoguemos con ellos, mostrándolos y mostrándonos conjuntamente. Especifiquemos el método que usaremos, recurramos a la filosofía de la historia y a la historiografía para guiar mejor nuestra investigación y para que de esta forma el receptor sea consciente —desde el inicio— de lo que habrá de encontrar en el texto.

Para leer más:

Gadamer, Hans Georg, *Verdad y método*. Editorial Sígueme, Madrid, 1999.

Los bordados de San Isidro Buensuceso



Nazario A. Sánchez Mastranzo

Ubicado en el extremo sur del estado de Tlaxcala como parte del municipio de San Pablo del Monte, la comunidad de San Isidro Buensuceso, es uno de los últimos bastiones de la resistencia de los pueblos indígenas contra la constante lucha con el mundo moderno en lo relacionado con las cuestiones materiales.

Esta expresión alcanza su plenitud en aquellos elementos que distinguen a los propios habitantes de los que llegan de fuera. Esta comunidad que se asienta en las faldas de la montaña considerada sagrada por los tlaxcaltecas, La Malinche o Matlalcueyetl, busca plasmar en sus creaciones la manera que tiene de ver el paisaje que la rodea.

San Isidro es una población de origen nahua, cuya ocupación data del

siglo XIX y principios del XX, y tiene como antecedente la venta de los terrenos de la hacienda de San Isidro Buensuceso, fundada durante el siglo XVII. Sus últimos propietarios, los nietos del ex presidente Benito Juárez, decidieron vender las tierras de cultivo y montuosas con el apoyo del gobernador Prospero Cahuantzi que acepta la transacción con la condición de que se funde un pueblo en tierras de la hacienda adscrito al estado de Tlaxcala. Así nace San Isidro Buensuceso, poblado en su mayoría por habitantes originarios de San Miguel Canoa.

Mientras uno camina por las calles de San Isidro, es común escuchar los diálogos entre los adultos y los niños en lengua náhuatl; sin embargo, esta dinámica solo prevalece en los ámbitos privados, mientras que en los espacios públicos predomina el uso del español que va ganando espacio, debido a que las relaciones en el mercado laboral no se realizan en la lengua tradicional. Esta apertura con otros espacios, posibilita el aprendizaje de nuevas formas de expresión cultural, tal como sucede con los bordados que han ganado espacio e identifican a la comunidad.

Tal es el caso del profesor Delfino Reyes Arce Zepeda, quien durante más de treinta años ha enseñado la elaboración de los bordados como una forma de auto empleo. Sin embargo, esta tradición es mucho más antigua y se remonta a los tiempos en que los bordados se realizaban a mano, sin duda, una de las pioneras fue la señora María del Refugio Zepeda. Aunque algunos relatos difieren del momento exacto en que el bordado comenzó a realizarse con máquina de coser, la mayoría concuerda en que fue don David Zepeda Zepeda quien inicio esta importante labor.